



www.revistacalibre38.com

El tuerto de Artículo 123

Ricardo Marcos-Serna

Vasco-irlandés de origen, Héctor Belascoarán Shayne es uno de los personajes más entrañables para los mexicanos adeptos a la novela negra escrita en español y, hasta hace algunos años, antes de que apareciera en escena Edgar *el zurdo* Mendieta, fue uno de los pocos detectives mexicanos con más de una aparición en los estantes de las librerías. Su tendencia al absurdo —que se refleja en la comunidad variopinta que puebla su despacho y los temas de investigación que aborda— y a la melancolía —representada por la perenne ausencia de la muchacha de la cola de caballo—, son dos pilares esenciales del México en que el detective se desenvuelve, pero no son los únicos sobre los que se sustenta el personaje; de todos ellos emanan, radiándose como los kilómetros desde la Puerta del Sol, diferentes características con las que los lectores se identifican como la soledad, el desencanto, el hartazgo de las formas oficiales, la noche cálida y la lluvia fría que reconfortan o encapotan el corazón.

Francisco Ignacio Taibo Mahojo, Paco Ignacio Taibo II, autor de la serie

Belascoarán, es asturiano de nacimiento y éste es factor determinante en los orígenes de Héctor quien, aunque vasco más que asturiano, representa la otredad con la que el autor se denomina a sí mismo, no con la intención de resaltar entre el *mexicanaje*, sino como bandera para demostrar que el detective pertenece a una clase de mexicanos que es intrínsecamente diferente al resto, extraña a la de esos con los que se enfrenta y ajena a la de esos que lo miran como simples espectadores.

Paco Ignacio, entonces estudiante de la UNAM, fue parte activa del movimiento estudiantil de mil novecientos sesenta y ocho que se extendió por todo el mundo, desde París hasta Tlatelolco, y que es recordado como el de la generación que alzó la voz en un mundo y una época marcados por el totalitarismo, representado por el bloqueo a Cuba, la muerte del Che, la — entonces caliente— guerra fría, la intervención americana en Vietnam. La generación que hizo “el 68” mostró su diferencia con la sociedad mexicana heredada del alemanismo de varias maneras, una de las cuales, acaso la central, fue su pensamiento independiente y su necesidad no de confrontación, sino de expresión: para el bachiller del sexenio de Díaz Ordaz era más importante la difusión de sus ideas —frescas, libres, esencialmente contrapuestas a las oficiales—, de lo que lo fue para sus padres, los bachilleres del sexenio de Alemán Valdez, los iniciados en la modernidad, los verdaderos herederos de la Revolución que los había sacado detrás de los arados y los había colocado al volante de un Oldsmobile, que les había quitado el pulque de las manos y puesto en su lugar un vaso de whisky, para “blanquear el gusto de los mexicanos” (Pacheco 2010). Esa fue la generación que hizo la diferencia y de la que emanaron muchos de los privilegios que hoy gozamos y, sin embargo, es una generación a la que vemos más como la de los masacrados que la de los dueños

de las calles; la de los pobres muertos que no conocimos en vez de la que nos heredó el derecho a tomar la vía pública.

Es en ese punto en que Taibo II se encuentra con la posibilidad de usar a un *sesentayochero* para decir lo que no pudo y hacer todo lo que no le fue posible en su momento. Aclarando que Taibo II estaba en Asturias la mañana del 3 de octubre merced a las diligencias de su padre, no por esto se le considerará un traidor al movimiento: se salvó de las balas pero sufrió la censura, la persecución y el duelo colectivos que siguieron a la noche de Tlatelolco y, sin embargo, encontró en la ficción que ofrece la novela negra el vehículo para decir todo lo que ya no fue posible después de la noche de la Plaza de las Tres Culturas.

Héctor Belascoarán Shayne hace acto de presencia pública, mediados los setenta, representando al desencantado sobreviviente del 68 que (mal)vive (agradecido de estar vivo y asqueado de vivir como antes —o peor, con miedo), llevando una existencia burocrática: ingeniero de profesión, especializado en análisis de suelos, divorciado y sin hijos, deja a un lado su próspero futuro construyendo puentes y se lanza a la caza de un estrangulador autollamado Cerevro (sic) (Taibo II 2009a). No hay referencias fidedignas de cómo sucedió, pero Héctor llegó a compartir un despacho en la calle Artículo 123 de la colonia Centro de Ciudad de México con Javier “el gallo” Villareal, ingeniero norteño, fumador compulsivo de puros jarochos, noctámbulo analista de las deficiencias del sistema de drenaje profundo de la ciudad, amante de las películas de Tarzán y del *western*; con Carlos Vargas, tapicero enamorado del danzón y de las mujeres ajenas, anarquista en las tardes de lluvia y ayudante ocasional de las andanzas detectivescas de Belascoarán y, por último, con Gilberto Gómez Letras, plomero que suele dejar sus trabajos pendientes en el escritorio del detective, enloquecido fan de la lucha libre, hijo de un zapatero remendón de la colonia San Cosme,

padre de un niño a quien le lee las obras de Goethe.

El por qué un ingeniero sea el protagonista de estas historias puede ser una cuestión fácil de resolver; la ingeniería, una de las posiciones más destacadas dentro de la sociedad mexicana,¹ es la antítesis de la acción y el prototipo de la clase media-alta de la época; su desvariante renuncia a la posición que la carrera trae aparejada es la representación de la ruptura del autor con el Estado y sus formas. Héctor es descendiente de un profesor de matemáticas español, ex marino mercante, ex traficante asilado en México [al que nos encontraremos en retrospectiva dándole clases a José Daniel Fierro, otro protagónico auto-representativo de Taibo (Taibo II 1992a)], y de una irlandesa cantante de folk, que dejaron a sus tres hijos en una posición económica cómoda; por tanto, Héctor es perfectamente capaz de renunciar a su trabajo como ingeniero y aventurarse a tomar un curso de detective por correspondencia. Tan absurdo que puede ser real. Por otro lado, Cerevro, un acaudalado empresario con mucho tiempo libre en las manos, es una representación del Estado que aplasta a sus integrantes menos importantes: una secretaria, una estudiante de secundaria, una ama de casa que mueren a manos del opresor, en silencio, sin ser violadas (el Estado no necesita violar, tiene a sus prostitutas de lujo), sin un motivo aparente (¿cuándo se ha requerido un motivo para ejercer el poder?) y sin conexión entre las víctimas (acaso la única sea que no formaban parte de esa esfera inalcanzable del jet-set). Belascoarán, que prefiere llamarse a sí mismo detective independiente (palabra elocuente que lo pone en el campo de la libertad que busca impulsado por sus fantasmas universitarios), camina solo, inexorablemente, por las oscuras calles de Ciudad de México reafirmando su derecho de tránsito ganado en la matanza de Tlatelolco (ganado por otros, no por

1 Sociedad ésa que tuvo una gran dosis de menosprecio de las clases bajas (sí, aún existía la fascista palabra), y que en su tradición de adulación y autoflagelación, lamía las botas del poderoso y despreciaba a los agachados.

él: Belascoarán miraba las manifestaciones desde lejos, sin atreverse a entrar al Movimiento), esperando que el azar lo ponga en la senda del asesino. Taibo II recurre a forzar el encuentro entre protagonista y antagonista usando uno de los vehículos oficiales: la televisión. Aunque Taibo II incurrió pocas veces en la mención directa de nombres públicos durante sus primeras novelas, en *Días de combate* usó el de Pedro Ferriz y su programa *El gran premio de los sesenta y cuatro mil pesos* para enviar un mensaje al asesino; el tema que Belascoarán utiliza para llegar a Cereviro es el de los estranguladores famosos.

Taibo II no reparó en mencionar a los personajes de su desagrado por su nombre y apellido sino hasta que sus novelas policiacas salieron de los libreros de los “lectores de prototipo”; una vez que su nombre empezó a aparecer con frecuencia en la televisión y la prensa escrita, sustituyó la mención indirecta de los nombres y los apodos que la sociedad le confiere a los personajes o por nombres reales o seudónimos que, por esencia, nos hacen saber a quién se refiere. Sin embargo, esto no significa necesariamente que Taibo II haya tenido miedo al poder, que se escudara en personajes velados para mencionar a sus antagonistas, como se refleja en las palabras dichas por Fritz Glockner hecho personaje de novela:

—*Los judiciales del estado nos traen jodidos, necesitamos una buena policía municipal, alguien a quien no puedan matar sin que se arme un pedote nacional, hasta internacional; por ejemplo, un escritor que acaba de ganar el Gran Premio de Literatura Policiaca de Grenoble, o al que entrevista el New York Times. Un escritor que aunque es de izquierda sale en el programa de Rocha cuando publica un libro* (Taibo II 1992a).

Esto sólo hasta que *La Jornada* publicó, por entregas, como se hiciera en

su tiempo con *La Milla Verde* (King 1996), *Muertos incómodos* (que también publicó Plaza & Janés), mini-novela ejemplar escrita a cuatro manos con quien quiera que se esconda detrás del pasamontañas del Subcomandante Marcos. En esta obra atípica, la mancuerna Taibo II-Marcos menciona en abundancia personajes públicos de la vida política mexicana: Ernesto Zedillo, Martha Sahagún, Fox Quezada, Santiago Creel, Carlos Salinas, y un vasto desfile de personajes clave en la desgracia que es México hoy, pasa por las páginas de la novela que cierra (hasta el momento) la serie de Belascoarán Sahyne.

Es en *Días de combate* que Belascoarán tiene su primer encuentro con esa ausencia constante que es Irene, la evasiva “niña bien” que maneja un auto de carreras en el autódromo Hermanos Rodríguez en los ratos libres que le deja la búsqueda de los motivos que llevaron a la muerte de su hermana, trabajo que le encargó al detective. Con la muchacha de la cola de caballo (su verdadero nombre, Irene, sólo se menciona en *Días de combate* una vez y no se repite en ninguna de las otras novelas aunque ella tiene apariciones fugaces y ausencias constantes en casi todas), Taibo II le da a la mujer el derecho que se ganó durmiendo en las guardias de las huelgas, caminando codo a codo en las manifestaciones (imagen asquerosamente *benedettiesca*) y levantando barricadas en el Casco de Santo Tomás y Ciudad Universitaria. La mujer de Taibo II es tan hombre como cualquier varón, es un ser humano a cabalidad, que no se conforma con vivir bajo las reglas de los que tenemos los genitales por fuera, sino que busca y gana cotidianamente su derecho a vivir con autodeterminación. Paco Ignacio recurre a otro personaje con estas características: Elisa Belascoarán Shayne, hermana de Héctor y Carlos, es otro personaje fugaz en las historias, siempre moviéndose de un lado a otro y de una acción a la otra, jamás se deja retratar por completo, como si una urgencia intrínseca la obligara a permanecer al

margen de las fotografías deseosa de salir de cuadro para posar en un nuevo escenario. Aparecida por primera vez (como algo más que en una referencia breve durante el velatorio del padre recién muerto) en *Días de combate*, se perfila más claramente en *Algunas nubes* (Taibo II 2009b) donde llega a la playa en una motocicleta, sacudiendo su cabello con las ondulaciones de la arena, para lanzar a su hermano a la búsqueda de los *quienes* maltratan a su amiga Anita. Es Ana representante del otro grupo de mujeres que Taibo II usa como personajes: las oprimidas, las que viven en constante dependencia de sus hombres (esposos, padres y hermanos) y que sólo pueden ser en el marco que ellos les confieren. Un tercer grupo de personajes femeninos que es indispensable en la novela negra y, por tanto, en la novela llamada neopoliciaco mexicano (de la que Taibo II es gurú), es la mujer fatal. La llamada Viuda Negra, amante de un expresidente mexicano que vive exiliada en Madrid es causa y motivo de que el tuerto detective (quien perdiera el ojo en un ataque a traición –de sicarios, diríamos hoy– y que simboliza que nadie salió del sesenta y ocho sin una marca física), se angustie mientras viaja en el metro en la madre patria y, sin pudor, se deshaga de sus muy mexicanos Delicados y los cambie por tabaco español. Es la Viuda Negra quien, aprovechando su relación con el *máximo* mexicano, guarda en su propiedad una joya precolombina con la complicidad de las autoridades del Museo Nacional de Antropología e Historia (Taibo II 1993). Estas mujeres no tienen, necesariamente, un nombre; “Melina”, la ondulante reina de la noche de San Juan de Letrán, “Zoriaida”, ayudante de Zorak (el sorprendente Profesor Zobek), las bailarinas que con sus plumas y boas hacen el deleite de los parroquianos de los bares, son indispensables en este género. El mundo del cabaret y la cantina es más vívido en *Cosa fácil* (Taibo II 2009c) y *No habrá final feliz* (Taibo II 2009d), dos historias en las que el detective debe buscar, primero, al General Zapata (como

representación de que la lucha campesina, traicionada por el gobierno no ha cejado en su intento de reforma) y, segundo, a los asesinos de Leobardo que son, al mismo tiempo, los asesinos de Zorak, escapista de oficio y fortuito entrenador de los Halcones, policías secretos del sexenio de Echeverría Álvarez, responsables de los muertos de bala del diez de julio del setenta y uno, en la Calzada de los Maestros, matanza que es hermana no reconocida de la de la Plaza de las Tres Culturas. Una de las historias, acaso la más feliz, comienza en El faro del fin del mundo, en la zona de Vallejo, entre cubas libres ficticias (sólo coca cola y limón) que el detective bebe mientras espera a los obreros que han de encomendarle la búsqueda del General del Ejército Libertador del Sur. La otra, comenzada con la muerte de un romano sin casco en el baño del edificio de Artículo 123 (acaso el mismo baño donde el detective perdió el ojo), arroja a Héctor a un cabaret de la calzada San Juan de Letrán (lo imagino con un tigre blanco de mampostería en la entrada y cartelones donde la actriz principal posa mirando al cielo con una urna dorada en la mano, rodeada de sus indispensable pretorianos panzones), donde Melina hace su *show* en medio de tres romanos evidentemente tristes por la ausencia de su compañero.

El mundo de la cantina está retratado desde el otro lado, del lado de los buenos, en *Sombra de la sombra* (Taibo II 1986), novela policiaca ambientada en los años veinte, donde cuatro amigos unidos en apariencia por nada más que la pasión por el dominó y por algunos cadáveres relacionados entre sí, dejan sus oficios temporalmente y por las noches para buscar a unos asesinos que, de paso, quieren echárselos a ellos. Pioquinto Manterola, periodista bajo la batuta de Vitto Alessio Robles, Tomás Wong, sindicalista chino nacido en Sinaloa, Alberto Verdugo, abogado de lúmpenes y prostitutas y Fermín Valencia, exdorado de Villa y poeta de oficio, son los personajes de esta maravillosa historia y su

descorazonadora secuela *Retornamos como sombras* (Taibo II 2001).

La muerte es constante en la novela policiaca y en la obra de Taibo II es abundante. *Días de combate* describe la muerte de muchos personajes reales y ficticios (como las víctimas de Cerevro y los enviados del mal de Gobernación). *Cosa fácil* habla de la muerte aparente del General Emiliano Zapata y de la muerte real del campesinado mexicano; *Algunas nubes* es el relato de las consecuencias que la muerte de un nefrólogo trae para su esposa Ana; la muerte de los estudiantes del Politécnico Nacional es tema central de *No habrá final feliz*, aunque el asesinato *a faca* de Leobardo y otros personajes, es parada obligatoria en el recorrido de esta novela; en *Regreso en la misma ciudad y bajo la lluvia* (Taibo II 2009e) desanda el camino de la muerte; *Adiós, Madrid*, intuye el suicidio de la vecina canadiense del hotel de Héctor; *Amorosos fantasmas* (Taibo II 1990), historia de amor y lucha libre, acerca a Belascoarán al homicidio de su amigo el Ángel y al homicidio de una amorosa de Benedetti; *Desvanecidos difuntos* (Taibo II 1992b) arroja a Héctor al sureste, donde la muerte se perfila, como doña Eustolia, empuñando un cuchillo cebollero; *Sueños de frontera* (Taibo II 1994) acerca al detective a la realidad del narcotráfico en la frontera norte de México, donde la muerte es bastante más real de lo que nos gustaría.

La muerte para Taibo II tiene dos modos de presentarse; cuando un integrante de “las fuerzas del mal” deja su miserable existencia en el piso, su muerte siempre es sucia, tal y como fue la vida del personaje: sórdida. El romano encontrado en el baño del edificio tenía la garganta cercenada y usaba calcetines, símbolo de su terrenidad y, a un tiempo, señal del absurdo. La muerte de Laura, a manos del tío rico de su novio rico (a quien, personalmente siempre he imaginado en versión cinematográfica como Sergio Corona), por motivos de prostitución y poder, fue una muerte alevosa, que ensució a una muchacha que, en vida, debió

ser dolorosamente bella. El detective se ha enfrentado a la muerte en esas formas y en otras más: primero, sobreviviendo al sesenta y ocho; luego, quedando vivo en el atentado aunque perdió un ojo y ganó una placa y unos cuantos tornillos en el fémur; después, sintiendo el cañón de un arma en la nuca durante su aventura en Oaxaca y, finalmente, muriendo en el acto final de No habrá final feliz, cuarta novela de la serie Belascoarán. ¿Por qué Taibo II habría de morir a su éxito literario?

La Prensa. Ciudad de México, ... del mes de ...: Héctor Belascoarán Shayne, ingeniero civil de treinta y ocho años, fue encontrado muerto en la calle... número... de la colonia... frente a una bodega en la que se presume había un gran cargamento de contrabando. Las instancias oficiales afirmaron que una banda comandada por el hoy occiso tenía su base de operaciones en la dirección antes mencionada. La muerte del citado ingeniero a manos de sus secuaces deja en claro que estas bandas (...)

Por supuesto, Belascoarán simplemente murió con lluvia en los ojos y no hubo esquela en la nota roja (el desliz es mío). Taibo II dice frecuentemente que una historia tiene la duración que ella quiere y que el autor poco puede hacer para extenderla o reducirla. Apegados a este axioma, digamos que el tiempo de Belascoarán llegó, murió porque tenía que morir, era su destino, su momento, su hora final. Así que Taibo II simplemente dejó que la enfermedad de Belascoarán siguiera su curso natural y acabara con él. Pero algunos personajes se resisten a morir y, como Conan Doyle, Taibo II recurrió a una treta literaria para resucitar a su personaje. En *Regreso a la misma ciudad y bajo la lluvia* nos encontramos con

un Belascoarán flaco, pálido, con la barba crecida y desdibujado (si hubiera versión cinematográfica, yo esperaría ver a Héctor en blanco y negro sobre un escenario de colores, o como una imagen siempre borrosa en un comic, traslúcido). El resucitado, el más grande regreso desde Lázaro, se enfrasca en una aventura que no me queda clara, acaso porque estoy más sorprendido de ver a un fantasma que por entender el entorno en que lo miro. No obstante que el tema de la novela y el desarrollo de la mismo no es tan bueno como podría esperarse para un personaje que regresa del más allá, los aficionados a Héctor Belascoarán Shayne no pudimos dejar de relamernos los bigotes sabiendo que de nuevo habría un *sheriff* en Dodge.

Pero el regreso de Lázaro quedó en el espectáculo de la resurrección y jamás se nos dijo qué fue de él: ¿se hizo hombre de bien, se transmutó en malandrín, dejó su pueblo natal para viajar tras Él? Sabemos, por el contrario, lo que le pasó a Belascoarán. Se convirtió en un ganapán y dejó de ser un buen personaje. Las novelas de Taibo II perdieron extensión y, en mi personal opinión, también calidad.

Una constante de otro autor favorito del que escribe es la lateralidad del texto; Stephen King tiene la cualidad de ramificar las ideas y las situaciones de sus personajes hasta el punto en que la visión de un girasol puede hacer que el protagonista recuerde un olor percibido en su infancia, sin embargo, en el entendido de que esta técnica no es obligatoria para los escritores, las últimas novelas de Taibo II dejan de lado el diálogo interno del personaje, la narración de relaciones existentes entre los personajes, los motivos de ser de la novela misma, provocando un vacío que nadie más que el autor puede llenar. No es una simple crítica: es que los belascoaranianos estábamos acostumbrados a leer la explicación de motivos. Sin embargo, este tipo de narración escueta se encuentra

como una constante en la obra de Dashiell Hammett, padre absoluto del género negro. *Dinero sangriento* (Hammett 1985) es la muestra representativa de cómo escribir una novela negra, es texto obligado para el lector de la novela negra y es casi un evangelio de cómo hacer una obra de suspense. Tal vez sólo estoy recordando lo que decía mi padre sobre el western: las películas donde se habla mucho son malas, como *Gone to Texas* (Levin 1986) con Sam Elliot, mientras que las películas donde se habla poco son excelentes, como *Once upon a time in the West* (Leone 1968), con Charles Bronson. Finalmente, la literatura puede ser un reflejo de la realidad y, en la realidad, el diálogo interno está tan ramificado como un árbol frondoso.

Dejando de lado el hecho del abierto (y a mucha honra para él) perredismo del autor y, por consiguiente de su personaje, Taibo II, ha dejado de estar interesado en Belascoarán y el pasado que éste representa y lo utiliza ahora como vehículo para la exposición de sus teorías políticas (en su descargo, pregunto: ¿qué es la literatura, especialmente la novela, sino un modo de expresar las ideas personales?); esta actitud ha llevado a la muerte a Héctor Belascoarán Shayne, tuerto detective independiente, muerto una vez a tiros de escopeta, resucitado milagrosamente por obra del santo espíritu del público, casi muerto en un río en Oaxaca, muerto en vida por una teoría política que no es compartida por la mayoría de los mexicanos, independientemente de su certeza o yerro.

No es la tendencia política de Taibo II (tan respetable como la mía o la del lector) lo que ha acabado con Belascoarán: son los años y el cambio de un país bárbaro a un país bárbaro con tecnología importada. Belascoarán debe tener ahora alrededor de sesenta y cuatro años de edad y la tecnología ha rebasado la rabia que la matanza de Tlatelolco le dejó como disparador para buscar la muerte

cada día en su nueva profesión. Este país ha cambiado y ahora los preparatorianos prefieren comparar sus i-Phone y el *bluethoot* de sus i-Pad que pensar en el modo de cambiar al país. Al principio, Belascoarán debe haberse sentido tan confundido como quien estas líneas escribe, al ver que cada semana aparece un teléfono celular con una función nueva, pero, a diferencia de quien lee (que seguramente se adaptó rápido a las nuevas tecnologías), la terquedad intrínseca del personaje debe haber puesto una barrera entre él y su entorno.

Yo no espero que Belascoarán Shayne, detective, se modernice. Por el contrario, su único atractivo como personaje es la fidelidad a sus ideas, a sus filiaciones y a sus convicciones. Su terquedad. Yo espero que cuando Héctor Belascoarán Shayne muera de verdad lo haga de modo fiel a su modo de vida, citando a uno de sus cantantes preferidos: “yo no sé lo que es el destino, / caminando fui lo que fui. / Allá dios qué será divino: / yo me muero como viví” (Rodríguez 1995).

Bibliografía

- HAMMETT, Dashiell, 1985, *Dinero sangriento*. México : Bruguera. Best sellers, 54. ISBN 968-22-0119-5.
- KING, Stephen, 1996, *El pasillo de la muerte*. Barcelona : Plaza & Janés. ISBN 968-11-0177-4.
- LEONE, Sergio, 1968, *Once upon a time in the West*. [DVD]. 1968.
- LEVIN, Peter, 1986, *Houston: the legend of Texas*. [DVD]. CBS, 1986.
- PACHECO, José Emilio, 2010, *Las batallas en el desierto*. 1a. México : Tusquets. ISBN 978-84-8383-235-6.

- RODRÍGUEZ, Silvio, 1995, *El necio*. [CD]. México, 1995. Silvio.
- TAIBO II, Paco Ignacio, 1986, *Sombra de la sombra*. México : Planeta. Pioquinto Manterola, 1/2. ISBN 968-406-009-2.
- TAIBO II, Paco Ignacio, 1990, *Amorosos fantasmas*. México : Promexa. Héctor Belascoarán, 6/10. ISBN 968-39-0359-2.
- TAIBO II, Paco Ignacio, 1992a, *La vida misma*. 1a. México : Planeta. Héctor Belascoarán, 8/9. ISBN 968-406-089-0.
- TAIBO II, Paco Ignacio, 1992b, *Desvanecidos difuntos*. 2. México : Promexa. Héctor Belascoarán, 8/10. ISBN 968-39-0451-3.
- TAIBO II, Paco Ignacio, 1993, *Adiós, Madrid*. México : Promexa. Héctor Belascoarán, 9/10. ISBN 968-39-0818-7.
- TAIBO II, Paco Ignacio, 1994, *Sueños de frontera*. 3. México : Promexa. Héctor Belascoarán, 7/10. ISBN 968-39-0360-6.
- TAIBO II, Paco Ignacio, 2001, *Retornamos como sombras*. México : Booket. Pioquinto Manterola, 2/2. ISBN 968-27-1038-3.
- TAIBO II, Paco Ignacio, 2009a, Días de combate (1976). In : *No habrá final feliz: la serie completa de Héctor Belascoarán Shayne*. Estados Unidos de América : HarperCollins Publishers. p. 1–152. ISBN 978-0-06-182616-0.
- TAIBO II, Paco Ignacio, 2009b, Algunas nubes (1985). In : *No habrá final feliz: la serie completa de Héctor Belascoarán Shayne*. Estados Unidos de América : HarperCollins Publishers. p. 319–398. ISBN 978-0-06-182616-0.
- TAIBO II, Paco Ignacio, 2009c, Cosa fácil (1977). In : *No habrá final feliz: la serie completa de Héctor Belascoarán Shayne*. Estados Unidos de América : HarperCollins Publishers. p. 153–318. Héctor Belascoarán, 2/10. ISBN 978-0-06-182616-0.
- TAIBO II, Paco Ignacio, 2009d, No habrá final feliz (1981). In : *No habrá final feliz: la serie completa de Héctor Belascoarán Shayne*. Estados Unidos de América : HarperCollins Publishers. p. 399–504. Héctor Belascoarán, 4/10. ISBN 978-0-06-182616-0.
- TAIBO II, Paco Ignacio, 2009e, Regreso a la misma ciudad y bajo la lluvia (1989). In : *No habrá final feliz: la serie completa de Héctor Belascoarán Shayne*. Estados Unidos de América : HarperCollins Publishers. p. 505–610. Héctor Belascoarán, 5/10. ISBN 978-0-06-182616-0.

Ricardo Marcos-Serna (México, 1973). Anestesiólogo por la Universidad Nacional Autónoma de México, Forense por la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, lector compulsivo de novela negra y de historia de las Revoluciones Mexicanas. Escritor a tiempo sobrante (cuando lo hay, es decir). Feliz padre de dos. Bloguero de lecturaexperimental.blogspot.mx y colaborador de concienciasforenses.blogspot.mx, autor de podcast [El Anfiteatro \(Ivoox\)](http://ElAnfiteatro(Ivoox)). Villista a mucha honra. Guevarista del mismo modo. Amante del misterio. Imaginen el resto.